

## ¿Qué fue de Althusser?

Josefina Casado

Pinar Ajudiez

Cuando se habla de Louis Althusser es frecuente que le contesten a uno : ¿Pero no ha muerto? ¿Sigue en el psiquiátrico de Sainte-Anne? Dicen que se ha convertido en un «clochard»... ése no se cura en la vida... Sobre él circulan rumores de todo tipo; mientras tanto, sigue siendo, en su propio país, entre los suyos, un tema tabú.

Nos hemos desplazado a París, en busca de una parcela de verdad. No sólo para ver que había sido de él, sino para rastrear en la versión oblicua. No en la oficial: esa que establece que Althusser/loco estranguló a su mujer, sino también en la que implícita que se cargó a la otra parte de cerebro que escribió *Pour Marx*. Hemos molestado a conocidos suyos, a otros que fueron amigos de la pareja, al que fuera entonces director de la Escuela Normal, y al que lo es hoy, a su editor paradigmático, a personalidades del mundo de la cultura...hasta llamamos a Jean Guiton, quien nos colgó el teléfono. Otro señor ya nos había advertido: «*Foutez-lui la paix*», nos aconsejó, cuando intuimos que queríamos ver a Alt-

husser. Hasta hicimos una pregunta «impertinente» (en palabras de la moderadora) en un debate abierto del Colegio internacional de Filosofía, en el que se hacía un recorrido intelectual del pensamiento de las últimas décadas. En ningún momento se menciona el nombre de Althusser. Por eso preguntamos: «¿Por qué se le ha borrado de la memoria? ¿A que se debe la muerte simbólica de Louis Althusser?»

Mientras el poeta modernista Ezra Pound era acusado de «alta traición», a raíz de su colaboración activa en el aparato de propaganda del régimen de Mussolini, y era recluido, en un campo en espera de juicio, una serie de intelectuales firmaban una petición a favor de su liberación, alegando que había padecido un trauma delirante. El poeta de *Cantos*, artífice del movimiento modernista, habría de soportar 10 años de internamiento psiquiátrico: ese fue el precio que le tocó pagar para evitar el pelotón de ejecución.

Trauma reactivo en los años cuarenta, también lo sufrió en carne



propia, pero desde la otra trinchera bélica, el que años más tarde sería junto con Jacques Derrida, uno de los profesores emblemáticos de la Escuela Normal Superior parisina, una de las cabezas pensantes de las últimas generaciones de intelectuales sólidos: Louis Althusser.

La guerra del 39/45 y los cinco años que pasó preso en un campo de guerra, fueron dos de las experiencias que hicieron mella en su mente, y convirtieron a ese joven brillante, con un derrotero católico en su pronta juventud, en un comunista controvertido. Progenitor de la idea de «ruptura epistemológica» con referencia a Marx, estructuralista por el lustro levistraussiano que le incumbió vivir, y marxista por la influencia, aun por determinar, de Hélène Rythmann, marcó su época y su época la marcó. Estuvo encerrado durante dos años en el hospital psiquiátrico de Sainte-Anne, en el que fue sometido a un tratamiento duro y puro (se dice que el ministro de justicia de entonces le quería mal), y a posteriori, por mediación del consejero del presidente Mitterrand, Régis Debray, sería reubicado en una clínica privada. Era un enfermo mental en sentido estricto: un maniaco-depresivo. El efecto de estas reclusiones será un homicidio trágico: el 17 de noviembre de 1980 mata a su esposa, Hélène Althusser (ex Rythmann). Actualmente, Althusser está jubilado. Vive en un apartamento del este de París.

Según consta en la crónica del corresponsal de *El País*: «Althusser telefoneó en la madrugada del domingo al médico del centro, el Dr. Etienne, para anunciarle: «Mi mujer ha muerto; hay que hacer algo.» (18/11/80). *Diario 16* escribirá: «Du-

rante la madrugada del domingo 13 (error en la fecha), la dosis de sales de litio con que el Dr. Diatkine trataba al filósofo desde hacía años no fue suficiente...A las siete y media, Althusser, en pijama, exigía del Dr. Etienne, médico de la Escuela Normal, un castigo, amenazándole: «Si usted no llama a la policía inmediatamente, prenderé fuego a la escuela.» (20/11/80). *Le Monde* recalará: «El médico de la Escuela, el Dr. Etienne, no constató señales de golpes en el rostro sereno de Hélène Althusser. Tan sólo se sabía que el filósofo se había precipitado en el patio, el domingo sobre las ocho, gritando: «Mi mujer ha muerto.» Después, habría avisado al médico que, al comprobar el estado de shock de Louis Althusser, lo mandó hospitalizar en el servicio del profesor Deniker (19/11/80).

El 23 de enero de 1981, el juez de instrucción, Guy Joly, cerraba el sumario del caso con un «*nonlieu*». Ratificaba el informe médico del profesor Serge Brion, y de los expertos Alain Diedrichs y Roger Roper, que diagnosticaban el estado de crisis paranoide del filósofo francés: no era un criminal, era un enfermo mental. De hecho, ya había sido ingresado una veintena de veces en instituciones psiquiátricas, y era tratado últimamente en la clínica privada del Vésinet. Hubo periodos en que se «ausentó» de su cargo docente durante seis meses, y hasta un año.

Mientras tanto, el asunto había trascendido a la opinión pública; algunos dijeron que Althusser se había quitado de encima a su esposa. Algún sector sensacionalista de la prensa enfatizaría: «No es que Althusser haya matado porque es pro-

fesor marxista, porque es comunista y porque es célebre. Pero el que sea profesor marxista, comunista y célebre no es razón para callarse.» *Le Matin* comentará: «Hélène, en realidad, no fue nunca amada.» (19/11/80). *Libération* rematará: «Cómo se hacían sufrir.» (20/11/80). Según *Diario 16*: «La edad y situación de los cónyuges no parece indicar un "mariage d'amour". Se trata de dos seres frágiles, silenciosos, que viven en un apartamento burgués.»

En realidad, la pareja Althusser residía en el edificio principal de la Escuela Normal, en uno de los pisos que se le había cedido excepcionalmente. El conserje de la EN, que lleva 28 años en funciones, recuerda que Althusser fue de los pocos profesores que vivían en la sede de la institución. Hoy no queda ninguno, tan sólo se hospedan estudiantes. Althusser fue, además de *professeur-répétiteur*, secretario general de la EN, puesto sorprendente por la carga de responsabilidades administrativas que supone, poco llevadero para un psicótico maniaco-depresivo como lo era Althusser. Jean Poitou, el director actual de la EN, ha reconocido que la designación del secretario general es de procedencia directa —dedocrática, por decirlo de alguna manera— del director del centro, aunque exija alguna tramitación burocrática. Jean Bousquer, que fue director de la EN, hasta ser reemplazado en 1981 por Jean Poitou, recuerda que «Althusser tenía unos proyectos alucinantes..., quería construir un Instituto de Filosofía, que quería situar en un castillo...»

Actualmente, el expiso de los Althusser ha sido «reestructurado», y dos de sus ventanas tapiadas. Pero basta con que te vean merodear por

delante de la puerta del piso, para que se acerquen con aire misterioso, y te digan: «Ahí es donde vivía Althusser, el que mató a su mujer.»

Althusser tiene 70 años, disfruta de su jubilación. Habita en un apartamento del este de París, y cuando sufre alguna crisis tiene a unos amigos, que viven cerca y que se ocupan de él. Lleva una vida normal, hasta escribe a máquina. En ese caso la «normalidad» no es incompatible con la manifestación de su enfermedad crónica: «De vez en cuando le da un brote delirante: el resto del tiempo puede llevar una vida normal», me dice Julia Kristeva. «En pleno delirio psicótico, llegó a cometer aquel acto horrible. Al parecer, estaba envuelto en un delirio místico.»

### El enigma Rythmann

Ocho años después del homicidio, Althusser vuelve a ser noticia: Jean Guitton, un filósofo cristiano, miembro de l'Académie Française, le dedica un capítulo de su libro de memorias *Un siècle, une vie* (editorial Laffont). Althusser fue alumno suyo, 50 años antes, en el 37/39, en el Lycée du Parc, en Lyon. Según Guitton, Althusser, en sus años mozos, era un católico activo, frecuentaba la Acción Católica. Guitton vuelve a verlo en el 47, y lo encuentra muy «cambiado»: iba acompañado de una compañera oscura llamada Hélène Rythmann, que 30 años después se convertirá oficialmente en la señora de Althusser. Según el académico, Hélène le había influido ya negativamente, convirtiéndole en ateo.

Si bien no cabe duda de que la influencia de Hélène fuera determinante, también hay que tener en



cuenta la complejidad e interacción de factores endógenos, y exógenos: una guerra mundial, una reclusión traumática en un campo de guerra, una adhesión al comunismo, unas luchas internas en el seno del PC, el XX Congreso, Budapest, un equilibrio psíquico precario, una relación complicada con Hélène. El propio Guitton recuerda que dijo ya en el 38: «No tengo ciertamente el conocimiento perfecto de Dios, pero tengo a menudo la impresión de hacer como quien tiene el conocimiento perfecto de Dios, pero ha perdido su amor.» O sea, hay que valorar la capacidad de elección, de decisión autónoma, la evolución intelectual de Althusser. De no ser así, nos queda de él la imagen reduccionista de ser un vulnerable y manipulable, que es «desviado» del catolicismo por una judía, comunista; lo cual le restaría crédito también a la conversión mística de Althusser descrita por Guitton.

Si la guerra dejó sus secuelas en Althusser, con el tiempo su estado

mental irá empeorando, será internado repetidas veces, y a raíz de una de sus «recuperaciones», en el 78, vuelve a ejercer la docencia, pero tratado con una quimioterapia dura, a base de sales de litio, y neurolépticos mayores como el *meleril*, el *tementil*, el *largactil*, el *haloperidol*. Residió en un ambiente monástico, en el Pabellón Central de la EN, que no era de acceso mixto. Había aterrizado allí a principios de los sesenta, en calidad de professeur-répétiteur. Tenía pocos alumnos, no más de 12, cifra que irá incrementándose conforme vaya adquiriendo notoriedad y proyección mundial. En los años setenta es una figura consagrada, que cuenta con un grupo de discípulos: Balibar, Albiac, y muchos otros... Era un ser acomplejado, que paradójicamente llegó a tener un alto concepto de sí: el núcleo de incondicionales apoyaba sus proyectos, sus ideas. Le dejaban delirar libremente, ya que le consideraban un «pensador genial» y si el toque de genio brilló efectivamente en él, también era un enfermo delirante, padecía crisis violentas, y accesos de megalomanía. Pero siempre permanecerá fiel a sus orígenes: «Antes de conocerle, no era nada; un viajero sin equipaje, sin estudios ni cultura.», le escribe en 1972 a Jean Guitton. Había nacido en Birmeudris (Argelia), llegó a Lyon en 1936. Sus abuelos eran originarios del Morvan (Francia); su padre, que no había estudiado, se había puesto a trabajar a los 13 años, y terminó colocándose en un banco. Antes de casarse, su madre había sido maestra.

Su obsesión recurrente estaba polarizada en la constitución de un Instituto de Filosofía, y si el proyecto no era demencial en sí, patológica

era la proporción que iba tomando en su vida. El único freno lo ponía Hélène, cuando intentaba atajar su brote delirante. La enfermedad de Althusser funcionaba por ciclos, tenía fases de excitación aguda, que alternaban con otras de depresión profunda. Cuando se daba cuenta de que su proyecto era imposible, se desmoronaba por completo. También padecía momentos de gran tensión con sus libros: su editor paradigmático, François Maspéro, recuerda que un día le vio llegar con un manuscrito, y en el momento de entregárselo, sufrió una crisis espantosa y se quedó con él. Se hundió un tiempo. Su monotema recurrente, su obsesión iterativa, no era su mujer, Hélène, era el Instituto de Filosofía.

«Louis y Hélène tenían una relación muy complicada. Pero eso no tiene nada que ver con lo que dijo la prensa», nos ha confesado un amigo íntimo de la pareja. «Hélène era una mujer muy inteligente», subraya François Maspéro. «Le tenía mucha estima a ella», resalta el sociólogo Alain Touraine. Hélène Althusser fue colaboradora de Touraine en 1955: «Trabajó conmigo un tiempo..., desempeñaba tareas de secretariado, era en parte socióloga, aunque no llegó a estar en el Centro National de Recherche Scientifique (CNRS). Hélène vino a verme alguna que otra vez, para hablarme de sus problemas... estaba preocupada por la situación del mundo obrero, desde un ángulo humanista, muy subjetivista. Era una mujer militante, muy combativa. Él no. Por el contrario, Althusser era poco militante, en el fondo siempre le quedó algo de la huella cristiana.» Aserto que corrobora Jean Bousquet, que nos dijo: «En el fondo de sí mismo, Althusser nunca olvidó su adolescencia. Cuan-

do explicaba a Marx, tenía presente su misticismo. En Hélène, incluso, se advertía una actitud trascendente..., nos pedían ambos a la pareja Guitton, y a mi mujer y a mí, que rezáramos por ellos...» Según Touraine, « el antihumanismo que profesaba Althusser suele estar reforzado por un espíritu religioso o científico. Lo suyo consistía en descentrar el análisis de la cuestión obrera... quería liberar al hombre, y para eso creía necesario suprimir sus referencias, de ahí que Althusser estuviera en contra de los regímenes totalitarios, ya fueran fascistas, ya fueran estalinistas, que habían pretendido hablar siempre en nombre de los derechos del hombre. Era, pues, un pensador objetivista».

De Hélène Althusser Rythmann se sabe poco. Nace en París, en 1910, en el seno de una familia acomodada, de ascendencia rusojudía. Es educada en un marco rígido, y a posteriori será formada en los años del comunismo de hierro por los cuadros dirigentes del Partido Comunista Francés (PCF). Cursa estudios universitarios de geografía, historia y literatura. Durante la Segunda Guerra Mundial, es internada en un campo de concentración, con su familia, y tan sólo se salvarán del genocidio ella y un hermano, que después ocuparía un alto cargo en un organismo bancario. En 1945, Hélène ocupó un puesto de colaboradora en la Organización para la Cooperación Económica y del Desarrollo (OCDE); en el 55 trabaja con Touraine; en el 59, en la SEDE, una sociedad integrada en un organismo bancario de tipo estatal (*La Caisse des Dépôts*), donde presta sus servicios laborales hasta su jubilación en el 76: tiene entonces 66 años. Hasta los 35 años, es decir, hasta 1945, su

existencia había sido hermética al máximo, no se le conocía ninguna «liaison amoureuse», pero ya en 1947 Guitton la conoce por medio de Althusser, y le achaca la conversión atea de su alumno superdotado. Habrá que esperar el año 1976 para que el nombre de Hélène salte a la escena pública: se casa con Althusser.

Según *Le journal du dimanche*: «Hélène había prometido no ser para él más que una camarada, pero acabó histérica... haciéndole la vida imposible con innumerables escenas, y creando el vacío a su alrededor.» (23/12/80). O sea, según esa interpretación de los hechos, Hélène y Louis deciden casarse para convertirse en « compañeros de estudios», y para más «inri» es ella la que «crea el vacío a su alrededor»... Parece omitir el periodista el trauma iterado que supone la convivencia habitual con un maniaco-depresivo, además de que habría que evaluar la resistencia física y psicológica de esa anciana de 66 años, que era diez años mayor que él. Por otra parte, habría que calibrar sus motivaciones. En cualquier caso, el año de la boda coincide con un periodo de apertura en la vida de Althusser: éste viaja a España, estará dando conferencias en Barcelona, Granada, y el 5 de abril del 76 pronuncia una conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense, con el título: «¿Es posible una filosofía sin Marx?» Ese año se hace pública la circunstancia de que su mujer le ayuda, colabora con él en sus tareas intelectuales, y la influencia de Hélène Althusser se hace patente en el contenido de la tesis que sustenta el filósofo: reivindica el concepto de «dictadura del proletariado», se pliega a la evolución del

comunismo europeo —eurocomunismo—, y en una entrevista concedida a *El País* anticipa lúcidamente: «China tiene razón, en principio, al preconizar una Europa fuerte y políticamente independiente, pero se equivoca en los hechos, ya que la URSS tiene la intención de controlar toda Europa a través del Mercado Común y de una eventual organización política europea.»

### ¿Quién escribió *Pour Marx*?

«No sabemos si la muerte física del ser querido entre sus brazos de gigantón perturbado va a significar la muerte intelectual de un filósofo de la categoría de Louis Althusser.» (M. Bermudo de la Rosa, *El País*, 2/1/81).

El asunto no es baladí: Althusser sigue estando loco, es incurable de por vida, y esas cartas que ha ido escribiendo a Jean Guilton podrían ser tan sólo lucubraciones delirantes, estados ciclotímicos... y carecer por tanto de validez testimonial. ¿Pudo un enfermo mental suscribir lúcidamente una «ideología», ya sea religiosa, ya sea política? ¿Pudo desarrollar racionalmente una visión global del mundo? ¿Tenía capacidad para inducir, deducir, conceptualizar la realidad objetiva? ¿Cómo logró desarrollar una evolución intelectual pasando del estructuralismo antisujeto a una concepción más humanista del marxismo en el 76? «Mi universo de pensamiento se ha desmoronado. Ya no puedo pensar», escribía en diciembre del 78 Louis Althusser a Jean Guilton, a lo que el segundo contestaba: «Cuando usted 20 años, y estaba metido en la Acción Católica, me escribió una carta muy larga, que recuerdo perfectamente, y que venía a decir lo siguiente:

te: hablaba como católico, pero sin convicción, y el sistema que defendía le parecía ajeno a mí. Sin embargo, ayer, mientras le escuchaba, tuve la impresión de que manifestaba el mismo desapego con respecto al sistema marxista...»

Dos años antes, Althusser se manifestaba a favor del concepto de dictadura del proletariado: «Los partidos comunistas que han revisado ese punto han cedido al chantaje de la ideología burguesa... Marx y Lenin demostraron que cuando esa dictadura de clase de la burguesía fuese sustituida por la dictadura del proletariado, esta última adoptaría fórmulas infinitamente más libres, más liberales, que las propias de la democracia burguesa...» ¿En qué estado ciclotímico se hallaba Althusser en el momento de apuntalar esa tesis? ¿En la fase maniática? ¿En la depresiva aguda? ¿O en un lapso coyuntural de «normalidad» apacible?

Todo parece un teatro de sombras chinescas, en que bajo la influencia de sales de litio, habría una dialéctica en tensión entre el instinto ciego, el delirio misticoide y la inteligencia consciente. ¿Pudo ser esa «ruptura epistemológica» que le catapultó a la fama, una proyección personal? Un Marx humanista de juventud, como hubo un Althusser humanista de juventud, y el Marx imbuido en la filosofía política y en las luchas sociales de su época, como hubiese querido serlo Althusser, y que, sin embargo, llegó a ser Hélène Althusser. Pudiera ser que el libro de memorias de Jean Guilton arrojara luz sobre el tema. Jean Guilton nace en 1901, bajo la constelación de Leo —un temperamento de fuego—, en el seno de una familia acomodada. Como él mismo reconoce, su madre se casó con su padre por interés: él era un industrial de la moda, un buen partido. Guilton describe a su padre como un hombre «femenino»,



por no decir afeminado, mientras que tacha a su madre de «severa, demasiado austera». Se trata de una inversión de la imagen parental: el rol masculino lo detenta la madre, y el padre es la figura ausente, con sus frecuentes viajes a París.

Jean encuentra el alma gemela en su hermano Henri: «No era un hermano para mí, era el que hubiera elegido como compañero de mi vida, si hubiera podido elegir..., dos hijos de un mismo sexo, es dos veces un hijo único.» Se advierte ya la fijación sobre el hermano, y queda por determinar con qué vector del modelo parental se identificaría. Encuentra una salida a la aporía de la identidad en el vínculo maestro/discípulo propio de la filosofía socrática: «Cómo se transmite el saber, en la filosofía como en la religión, si no es por el contacto de un hombre con un hombre, de un maestro con un discípulo... Esa transmisión de espíritu a espíritu la he experimentado en los dos sentidos: cuando fui discípulo y cuando fui maestro. He vivido una aventura patética, cruel y deliciosa, que ha durado medio siglo, y en la que no dejaré de pensar mientras viva: la de mi amistad con Louis Althusser, el filósofo marxista», escribe en su libro *Un siglo, una vida*.

El maestro de Guitton fue el filósofo Brunschvicg, «que me quiso el primero», según confiesa el memorialista. Fue el maestro Brunschvicg el que le dará las «llaves»: «Mi pequeño Guitton me dijo con afecto ha habido dos dogmas que no he llegado a admitir..., son los dos axiomas que usted, pequeño Guitton, tratará de demostrar, durante toda su vida, por la razón». Para Brunschvicg, «la oración debía ser sustituida por la razón». Y Guitton declara: «Si hubie-

ra tenido que elegir entre los dos axiomas, uno se llamaba Brunschvicg, y el otro Sartre, me hubiera inclinado hacia el primero..., siempre me he mirado en él, para encontrar mi contrario... éramos radicalmente distintos: por eso nos quisimos.» Guitton encontró su contrario en Althusser, y le ha sido fiel hasta ahora.

Son muchos los que coinciden con Guitton, cuando éste afirma que Althusser nunca dejó de ser católico, pese a su «desvarío» marxista, que entiende más bien en términos de complementariedad antinómica. A Althusser le quiere sobre todo gente como Bousquet, Jean D'Ormesson, o estudiantes suyos como un libanés cristiano, o discípulos de antaño... Muchos intelectuales de izquierda no le estiman en demasía, y menos aún los que fueron estalinistas duros, y los que vieron siempre en él un ramalazo cristiano. La actitud hacia Hélène es matizada: los católicos se reafirman en un prejuicio receloso de que tenía la culpa de la conversión atea de un alumno superdotado. Puede que Hélène influyera en Althusser, en eso tal vez tenga razón Guitton, como nos dijo nuestro amigo Cioran: «Guitton no miente». Puede incluso más: que ella guiara su mano, y su pensamiento. De ahí a deducir que las obras de peso del filósofo genial fueran el resultado de esa doble conjunción, del toque genial de Althusser, del trabajo sostenido, de la estructura intelectual de Hélène Rythmann, media poco... En cualquier caso puede que el drama de Althusser, y de su mente fraccionada, estribe en el dilema dialéctico entre el culto a la razón que le inculcó Guitton, esa concepción de necesidad de contrarios que Brunschvicg le inspiró a su vez antes a

Guitton, y el alma marxista de Hélène, un mensaje explosivo.

### ¿Althusser doble?

*«Otro problema que me planteó Althusser, y que ha ocupado toda mi vida, es el de su conversión. Althusser era católico; se convirtió en ateo, y marxista. En su habitación he visto las obras de Lenin junto con las de Teresa de Ávila...»*

*Ayer mismo fui a visitarlo en su retiro. Lo encontré tal como siempre fue, profundamente idéntico a sí mismo.» escribe Jean Guitton en Un siècle, une vie.*

El pensador cristiano ha conservado en un «cajón secreto» las cartas que le enviara Louis Althusser. En la del 11 de julio de 1938, el alumno brillante agradece a su maestro la entrega de una «preciosa edición del Nuevo Testamento». La segunda carta, fechada en julio de 1972, nos presenta a un Althusser «cambiado», pero aún deudor del que fuera profesor suyo tres décadas antes: «Usted me dio las claves. Me enseñó a relacionar un concepto, dos, a combinarlos, oponerlos, unirlos, separarlos (...) Ha sido capaz, a media voz y en el silencio, de comprender por amistad y tacto muchas cosas que otros quisieran eludir.»

El 3 de diciembre de 1978, Althusser, desesperado, escribe a Guitton: «Mi universo de pensamiento está abolido.» A lo que inmediatamente le contesta el «amigo de los malos tiempos»:

*«Ayer le vi con ese mismo rostro, pero esculpido, grave, y con esa sonrisa de siempre un poco maliciosa, los cabellos de oro, que se habían*

plateado. Pero, al igual que hace cuarenta años, seguía teniendo el mismo vínculo con usted, por lo que no puedo evitar pensar que nuestros destinos están ligados el uno al otro (...) Sabe además que, pase lo que pase, basta con que me haga una señal, esté donde esté, y lo dejo todo para ir a verle (...) Su naturaleza profunda está necesitada de absoluto, de pureza, y cuando no lo encuentra, se repliega en sí. Ni antes ni después, su yo profundo se ha comprometido. Y la prueba de eso está en la amistad fiel, oculta, tierna, profunda, que me ha seguido conservando, y que estuvo siempre presente en secreto, renaciendo en las crisis.» (Carta de Guitton, 4 diciembre de 1978).

A inicios de noviembre de 1980, Althusser pide la baja laboral: padece una nueva crisis. «Tenía el sentimiento de que la humanidad iba a entrar en una crisis sin precedentes...». Y subraya Jean Guitton. En estos días, Hélène recibe a Guitton a solas: le habla de su «vida de obrera pobre» en otros tiempos, y arremete contra los católicos y los comunistas, que, a su juicio, siguen siendo unos «burgueses».

Son días de confusión, penosos. Louis y Hélène —según parece— estarían aterrados por el rumbo de la política mundial. Temen la catástrofe apocalíptica. Sólo habría una salida: el eje Moscú-Roma. Guitton lleva a cabo una serie de trámites para que Althusser sea recibido por el Papa. Guitton es amigo personal de Juan Pablo II, como lo fuera de Pablo VI y de sus predecesores. Es el propio Guitton el que intercede para que Althusser sea recibido por el cardenal Garrone, trámite previo para la entrevista papal.

El encuentro no tendría lugar: el 17 de noviembre de ese año, Louis Althusser estrangula a su esposa. «Fue por delirio de amor», le dijo un médico a Guitton.

Miércoles 7 de diciembre de 1988: en un París lluvioso, cargado, atestado de huelgas, Jean Guitton ha optado por el silencio: «Je suis souffrant», nos dice, y corta la conversación telefónica. Acabábamos de solicitarle una entrevista.

### La pregunta impertinente

Miércoles 7 de diciembre de 1988, la revista *Autrement* organiza en la sede del Colegio Internacional de Filosofía un coloquio titulado: «¿Qué piensan los filósofos hoy?». La mayoría de los ponentes, entre los que se encontraban Gianni Vattimo, Pierre Macherey, Pierre Alain Labarrière, Josep Ramoneda..., debatían sobre la función, estatuto y semántica de la filosofía contemporánea. Se hizo hincapié en la figura del filósofo

crítico, ideólogo, «amante de la ciencias», y en la galería de ínclitos figuró el nombre de Jacques Derrida. Al parecer, el desconstruccionismo derridiano había sido la tónica intelectual de las últimas décadas.

En ningún momento se hizo mención a otros pensadores capitales, como lo fueron Sartre y Althusser. Ante tal barrido amnésico, no nos quedó más remedio que intervenir. Cogimos el micrófono, y una de las dos preguntó: «Se está evocando el regreso de la filosofía dialéctica, el filósofo ideólogo... ¿Cómo es que no se ha citado a un pensador fundamental de los años setenta, que renovó la lectura de Marx, con su "ruptura epistemológica", y fue un intelectual sólido que marcó su época, y que es paradójicamente, de nuevamente actual, a raíz de la publicación del libro de Jean Guitton *Un siècle une vie* ¿Por qué se le ha barrido de los anales universitarios? ¿A qué se debe la muerte simbólica de Louis Althusser?»



La primera reacción fue de consternación. De los ponentes que se atrevieron a contestar, y fueron pocos, Macherey, por su vinculación con Althusser; Ramoneda, por la ilusión directa —lo solicitamos—, y Labarrière, por considerarse representativo del estrato pensante, tan sólo dijeron en principio: «No hay contestación». Hubo un silencio molesto, Labarrière tomó la palabra e hizo una escueta disquisición sobre el tema, enfocada en el ideario de Althusser, como para mejor desviar la pertinencia de nuestra interpelación; y Macherey desafió: «No está tan olvidado, ya que acabáis de nombrarlo.» La arrogancia de Macherey tocó techo, y le contestamos ipsofacto: «¿No le parece curioso que seamos dos españolas las que

tengamos que refrescarle la memoria?» Y ante el barullo desatado, la moderadora, que visiblemente no debía entender el alcance del juego —ni de la pregunta ni del silencio corolario—, intentó cambiar el rumbo del debate: «La pregunta es impertinente, sentenció.»

Josep Ramoneda, abrumado por la responsabilidad que acababa de caerle encima, se sintió obligado a contestar: «No es sorprendente que la pregunta venga de España... En un momento dado, la obra de Althusser jugó un papel importante en la introducción del marxismo en España, en un contexto político difícil... La memoria de Althusser está muy presente, muy viva, muy constante en la vida ideológica española...». Al cabo

de un rato, Pierre Macherey volvió sobre el tema, agradeciendo —esta vez— que en el extranjero se recordara a un pensador francés: «*C'est bien que les questions viennent d'ailleurs...*», y evocó el «exilio interior». Su voz fue elevándose, demosténica: «Nos dicen que la revolución francesa terminó: basta con leer cualquier semanario para ver que no... Se habla mucho hoy de posmodernidad: me pregunto si no habría que invertir los términos... me temo que ni siquiera podamos calificarnos de modernos... y el problema que acaban de plantearnos hoy no es tan diferente del que removía a los filósofos que tocaron la cuestión de la modernidad a finales del siglo XIX.»

Tomado de *El Urogallo*

